



Bitácora

Comisión 7

Índice

1. Las ganas de Héctor. María Álvarez
2. Un viaje sorpresivo ¿lo hago? Alicia Bevilaqua
3. 4:30 A.M. Francisco Bilbao
4. Mi petición. Antonella Campos
5. El escondite. Ana Chamorro
6. Sometidos por nuestra mente. Sofía de Marziani
7. Un suspiro sin pudor. Sandra Di Sieri
8. Amplitud térmica. Francisco Falagán
9. Invasión de extraterrestres en la Facultad de Periodismo. Brenda Galli
10. De una celda a otra. Leonel Gómez
11. En la memoria. Federico Guardabassi
12. Ir tan lejos. María Eugenia Lamas
13. Fiesta fuera de casa. Franco Lamberti
14. Calle 963. Nicolás Lona
15. Una cita con el pasado. Emmanuel Maggi
16. El miedo a las agujas. Mariano Nadal
17. Sin amor no hay vida. Fe Orsi
18. Todo fue por el mapa. Marisa Raffo
19. La presencia de las personas que se van. Estefanía Romero
20. Prendida y apagada. Regina Rubio
21. Venimos en paz, de paso. Ana Valenzuela
22. Miedos y luces. Pablo Javier Vera
23. La bombonera. Rafael Villalta.
24. Muerte Fortuita. Guadalupe Walter
25. Papá siempre tiene razón. Lucas White

Las ganas de Héctor

María Álvarez

Cambiar el viaje de egresados por un viaje solidario, esa fue la mejor decisión de un grupo de alumnos, impulsados por docentes, para ayudar a otros chicos carenciados.

Los chicos de la secundaria de mi colegio lanzaron una campaña para juntar alimentos, útiles y ropa para llevar a este viaje, y aportar un granito de arena a esos lugares olvidados.

Valeria y Gustavo fueron los docentes encargados, junto a sus alumnos, padres y amigos, de organizar este viaje.

Al llegar a Salta, nos recibieron los chicos con toda su alegría. Ahí conocí a Héctor, un niño de siete años con el cual entablamos un fuerte lazo.

Héctor era el mayor de cuatro hermanos, siempre muy responsable, era el primero en llegar al colegio en donde nos alojábamos.

Cuando sacamos las cosas que les habíamos llevado, tanto yo, como mis compañeros no imaginamos nunca que sería algo tan significativo para ellos. Esta idea se intensificó, cuando vimos en sus caras tanta felicidad. Compartimos junto a ellos alrededor de diez hermosos días.

Todo fue muy emotivo, particularmente, me generó mucha impotencia ver con qué poco se conformaban, pero, sin embargo, este viaje sirvió para transformar la realidad en la que vivían estos chicos, al menos por unos días.

Hace poco me enteré de que Héctor había pasado de grado, me puse muy contenta tanto por él y por su familia, que hace un esfuerzo muy grande para que cada uno de sus hijos terminen los estudios, ya que, tanto Norma, su mamá, como su papá no pudieron concretar ese sueño.

Un viaje sorpresivo ¿lo hago?

Alicia Bevilaqua

Paula no había tenido posibilidades de viajar. En su no tan corta vida sólo pudo dedicarse a resolver el día a día; a dar contención a sus hijos y a una digna y austera vida material.

Inesperadamente, el azar la colocaba frente a la posibilidad de realizar un viaje. Uno de verdad, impensado por ella e importante. Primero pensó que no iba a poder y que el gasto la excedía. Lo analizó más tranquila, si bien no era el momento ideal para hacerlo sintió que si seguía sus temores nunca llegaría esa oportunidad. La oferta era muy interesante, hasta conveniente. Todo estaba organizado: el grupo, tres mujeres mayores que ella, todo previsto con contactos y reservas. Sólo faltaba un miembro que completara las plazas de estadía.

Todo se conjugaba para que sea posible, Paula no podía negarse. El entusiasmo de sus compañeras logró contagiarla y la aventura que le proponían la excitaba. Primero harían pie en Calafate, recorrerían el Parque Nacional los Glaciares y, desde ese lugar, se planteaban distintas conexiones posibles, todas interesantes.

Desde Aeroparque, en avión, llegaron a Río Gallegos. Ciudad muy deslucida, algo triste, gris y chata como la vegetación patagónica. El contacto de este lugar tenía preparado el vehículo alquilado: una camioneta 4x4 doble cabina con caja para el equipaje de todas. Paula y sus compañeras se sintieron tan poderosas como la camioneta.

Emprendieron el recorrido que une Río Gallegos con Calafate. Atravesaron toda la meseta patagónica con su peculiar paisaje tan árido, tan seco y de achaparrada vegetación. Al llegar a Calafate, todas observaban con curiosidad. Parecía impensable que cuatro mujeres solas se atreviesen a esa aventura, por lo menos en el año 1996.

Se ubicaron en una pequeña cabaña desde donde emprendieron destinos previstos: tomaron el té en una estancia turística, por cuyas ventanas el paisaje montañoso era una postal. El Parque de los Glaciares, el Perito Moreno, el lago con aguas turquesas de

deshielo, una naturaleza bellísima y a la vez imponente. Todo se veía grandioso desde ese lugar, los hielos flotaban en el lago y el frío cortaba la cara.

La mejor experiencia, según contó Paula fue visitar la Laguna del Desierto, aquella que provocó conflicto con Chile en el marco de los límites de las Altas Cumbres. El camino era riesgoso entre caídas de agua y bordes de cornisa, se divisaba la Laguna en medio de la cordillera, rodeada de un bosque intensamente verde, era un paisaje tan singular como monumental. “Cansados días pero gozosos”, dijo Paula. Un gran atracón de naturaleza virgen. Pero como siempre ocurre lo bueno y lo malo termina. Nada borrará la experiencia, el atractivo y sorprendente viaje que Paula se animó a disfrutar cuando menos lo esperaba.

4:30 A.M.

Francisco Bilbao

El anciano se había subido en Wilde, no aparentaba menos de setenta años. Vestía de saco, camisa y pantalón de vestir, como esos viejos que andan por la calle siempre elegantes, como sacados de una película de los años veinte.

Carlos lo miraba con intriga, pensaba ¿Qué asuntos tendría aquel hombre, tan bien vestido, a las 4:30 a.m. en un tren a Plaza Constitución?

Era la primera vez que lo veía, a pesar de que acostumbraba a tomarse ese tren a esa hora. No por una cuestión de horarios, sino para distenderse y romper con la rutina del trabajo. La soledad usual del vagón parecía reconfortante, sin embargo, este hombre había disturbado aquella paz.

El viejo parecía concentrado, como absorto en un pensamiento lejano, desde que subió tenía la mirada enterrada en la ventanilla y, aunque estaba dos asientos delante de él, podía sentir el olor a humedad y perfume barato que tenía. Llevaba sobre su regazo un maletín de cuero marrón, además de un libro que no abrió durante todo el viaje. Llegando a Avellaneda, se incorporó con la ayuda de su bastón y salió del tren sin mirar atrás. Al llegar a Constitución, Carlos se dispuso a bajar y, al voltearse, lo vio. El libro que pertenecía al viejo había quedado olvidado sobre el asiento. Lo agarró y bajó del tren, el libro no tenía título y la contratapa estaba en blanco, entonces, se dispuso a devolverlo a su dueño al día siguiente.

Empezó a tomarse el mismo tren, todos los días a la misma hora de siempre, esperando encontrar al viejo. Sin embargo, pasaron días, semanas, meses y el hombre no aparecía a pesar de su insistencia.

El vagón había vuelto aquella soledad a la que estaba habituado. Jamás se atrevió a mirar el contenido del libro, no era eso lo que le daba curiosidad, sino el dueño de este. Aquel misterioso viejo que nunca volvió a aparecer en el tren.

Cansado de volver cada vez a la misma hora y tomarse el solitario Roca, decidió abandonar la búsqueda después de un último intento. Pero ese día no viajó sólo, sino que, había también una joven muchacha que viajaba con él arriba del tren. Carlos ni se percató, ni la miró, simplemente dejó el libro en el mismo asiento donde lo encontró.

Bajó, y nunca más volvió a tomar el tren de las 4:30 a.m.

Mi petición

Antonella Campos

Un catorce de Noviembre del año 2053 me tocó a mí. Llego el día que algunos desean y otros, como yo, temen.

Estoy parada en un rincón, observando lo que nunca pensé que iba a ver. No me encuentro desanimada, es como siempre creí y pedí que fuera, sin llantos, sin atuendos oscuros, ni miradas perturbadoras, ya bastante triste había sido mi vida como para que, en este día, todos lloren.

Por eso respetaron mi plegaria, los miro con sus caras relajadas, acompañándome hasta el último minuto con una sonrisa en sus rostros, contándose entre todos los presentes historias que habían vivido conmigo.

Al final, cuando todo terminaba, encontrándome en plena oscuridad y con gusto a tierra, empiezo a escuchar a lo lejos sus aplausos, veo sus caras orgullosas y emocionadas por haber formado parte de mi vida, por acompañarme en cada momento que viví, con caídas y saltos.

Nunca creí, ni me puse a pensar cuándo sería, ni cómo, sobre todo el cómo. No fue una de las mejores maneras de morir, nunca aprendí a manejar mis nervios y, por consecuencia de ello, me encuentro en este momento tenebroso, entre cuatro paredes de madera, queriendo decirle a cada uno de los que estuvo acompañándome en mi adiós lo importante que fue mi vida, que por ellos tomé un montón de decisiones, y la falta que me van a hacer esté donde esté.

El escondite

Ana Chamorro

En la ciudad de La Plata, en el barrio Monasterio, manzana H tira N°15, llegaba noviembre y con él, el aroma a jazmín del jardín de mi bis abuela. Ella se pasaba todas las tardes paseando con sus pasos majestuosos, sus pulseras haciendo ruido que, para mí, sonaban como un llamador de ángeles, amaba verla entre sus plantas con su sonrisa encantadora, hablándole con dulzura a cada una de ellas.

En ella encontraba mi refugio, mi hogar, jamás voy a olvidar esos olores tan peculiares de sus comidas caseras, de sus tacos cuando sonaban en el piso de madera, era un mujer muy coqueta, siempre me decía: “ Ana, las nenas peinadas son más lindas, dejá de correr que tus rodillas ya son un mapa de tantas marcas que tienen”.

Ella me llevaba al cielo de la mano, me quería tal y como era, adoraba lo rico que olía, sus brazos siempre eran cálidos, hasta su risa. Mientras jugaba en el jardín, la miraba y sabía que iba a ser eterna, que jamás se iría de mi lado.

Era mi cable a tierra. Los fines de semana me quedaba en su casa, preparaba sus tijeras, la regadera; yo mi manta, libros, muñecas y me escapaba a mi escondite preferido, debajo de las ramas del jazmín, su olor era único, se mezclaba con el perfume cítrico de mi abuela. Recuerdo perfectamente, el olor a sahumero que salía del ventanal de su casa.

Un viernes de diciembre, al llegar, la vi tras las rejas de su casa. Mi corazón se estalló en mil pedazos. Estaba sentada, con su mirada perdida en no sé dónde, el maquillaje corrido, despeinada, sin combinar su ropa, sin mi llamador de ángeles.

Mi cabeza se llenó de dudas, mis ojos de lágrimas. Corrí, rápidamente, a abrazarla, pero no me reconoció.

Mi abuela sufría de Alzheimer desde hacía un tiempo, me lo habían ocultado por miedo a lastimarme. Sin embargo, mi sentimiento jamás cambió.

Todos los viernes iba y la llevaba a mi refugio, a leerle mis cuentos preferidos. Ella me escuchaba con atención sentada en su silla de madera. Su mirada estaba completamente perdida, pero su sonrisa era encantadora, como siempre.

Sometidos por nuestra mente

Sofía de Marziani

Parecía otro día normal de Facultad. Era otoño y la tarde estaba cayendo temprano.

Hacía frío, pero no tanto, y la luz artificial trataba de compensar la ausencia del rol que se estaba escondiendo cuando, de repente, comenzó a titilar.

La explicación fue interrumpida por unos ruidos muy fuertes. Eran pasos, de alguien que pisaba firme, o de algunos, perfectamente coordinados.

A causa de la distracción, supimos que lo mejor era dar la clase por terminada, entonces nos asomamos todos al pasillo. Fue así que, desde el hueco de la escalera, pudimos verlos. Avanzaban lento, todos juntos. Eran altos, flacos y parecían fuertes, pero se veían tranquilos, por lo que no inspiraban miedo.

Al avanzar, se separaban del grupo de a pares, y cada pareja entraba a un aula distinta.

Por nuestra parte, en ningún momento intentamos, ni mis compañeros ni yo, impedir que llegaran a donde estábamos, tal vez porque la incertidumbre era mucho más fuerte que el miedo. Entonces, sólo aguardamos a que arribaran, hasta que, finalmente, llegaron al aula donde los estábamos esperando.

Como si fuera una broma, el par que nos tocó nos explicó, detalladamente, que pensaban someternos y cómo lo harían. Esto nos dio el indicio de que era hora de empezar a preocuparnos.

Describieron, demostrando simpleza, algo que a nosotros nos parecía imposible: absorberían el agua de nuestro cuerpo, hasta dejarnos sin nada.

Nos quedamos mudos. Nadie se atrevió a decir una sola palabra y ellos, tan claros como imponentes, nos contaron que fue posible el desarrollo de dos poblaciones tan similares, provenientes de planetas tan distintos, lo que nos permitió entender quiénes eran y saber que, lo único que los hacía superiores, era su capacidad de hidratarse sin necesidad de aproximación alguna entre seres, extrayendo el hidrógeno del ser vivo.

Por último, nos dijeron que se irían, pero que usarían a la distancia el líquido que nos compone en el caso de que lo necesitaran. Después, tan solemnemente como habían llegado, abandonaron el lugar.

A partir de lo sucedido, y después de que ellos informaran a cada uno de los habitantes de este mundo, nadie se animó a emitir un solo sonido.

Las personas, algunas antes que otras, comenzaron a enloquecer. La amenaza de dejarnos sin vida había tornado imposibles las relaciones humanas.

Los suicidios se hicieron moneda corriente en esa sociedad que no podía comunicarse y, mientras que el pánico aumentaba, el descenso demográfico era brusco.

El mundo ya no era como lo conocíamos y fue la ausencia de poblaciones lo que permitió que esa raza tan extraña, proveniente de no sabemos dónde, se apropiara tan rápidamente de nuestro planeta. Fue así como, los pocos que quedamos, supimos que ese poder que decían tener, realmente no existía. Entonces entendimos que había sido el miedo a morir lo que a tanta gente había matado.

Un suspiro sin pudor

Sandra Di Sieri

Virginia toca la puerta de Simón que se encontraba descansando, luego de un día agobiante. Al recibirla le recuerda, con sutiles palabras, lo inquieto que lo pone su presencia.

La joven le devuelve las palabras sonrojándose y se despide hasta la noche.

Entrada la media noche se encuentran en el living, como habían acordado, sedientos el uno del otro. Buscan un lugar en la casa que les permita la mayor de las reservas. A hurtadillas suben al altillo, una vez allí, comienzan a besarse intensamente.

Ese lugar suele ser muy húmedo, frío, y lleno de polvillo, hasta el último rincón. Sin embargo, eso no les importó en lo más mínimo, sus miradas se fijaron intensamente en el otro, las palpitaciones se aceleraron –como si huyeran de un tornado que quisiera arrebatárselas la vida- sus respiraciones intensas, sus cuerpos urgidos de placer, no dejaron milímetro sin recorrerse.

Simón, se erotizaba con cada línea del cuerpo de Virginia, voluptuosa por demás. La joven estaba perdida, fundida en el cuerpo de aquel varón en el que se reconocía cada poro, cada pliegue, cada hueco recorrido, hasta sus lenguas.

Lograron, de su deseo, el mayor de los placeres y ambos se estremecieron.

Amplitud térmica

Francisco Falagán

En otros tiempos, más precisamente en el siglo XIX, la creatividad no se asociaba a expresiones artísticas o a la invención productiva, sino al diseño de herramientas macabras. Era motivo de honor para los integrantes de “La Guarida del Rey” tener la capacidad de idear planes originales para acabar con la vida de los que buscaban reformas en el Imperio, de una manera en la que la larga y sufrida agonía sea el objetivo buscado. Y yo fui víctima de su creatividad, aunque también afortunado de su confusión.

Era una madrugada de invierno cuando salía de mi casa camino al trabajo. Al pisar la polvorosa senda de tierra, sentí el peso de la culata de una pistola inglesa de madera sobre mi sien. La noche cómplice no me había dejado ver a dos enormes hombres, vestidos con una fuerte y negra armadura que me levantaron de mis brazos con una potencia que ridiculizó mi débil resistencia. Me arrojaron en una fría carreta y no hizo falta que me inmovilicen demasiado, yo sabía que eran los implacables guardianes negros.

Sólo recorrimos trescientos metros, pues el Creative Center o CC se encontraba cerca de mi casa. Eran siete pisos, con una fachada gris y rejas en su entrada que ocultaban en su interior un auténtico infierno terrenal. Era el escenario de las muertes más insólitas y dolorosas. Abrieron las puertas para mi llegada, un nuevo invitado, un nuevo experimento.

El cuarto que me tenían preparado se encontraba en el tercer piso y hasta allí me llevaron. Envuelto en gritos y horrorosos olores caminé por aquellos oscuros pasillos con idénticas puertas metálicas que eran la entrada a los diferentes cuartos de torturas. Al llegar (profundamente conmovido) al tercer piso, un tercer hombre me esperaba.

A los golpes de cadenas me exigió que me desnudase y con un fuerte golpe en mis piernas me despidió. Nuevamente, caí en manos de los dos primeros guardianes, me arrastraron por el áspero suelo de cemento, al mismo tiempo que mi conciencia me torturaba con el arrepentimiento:

-¿Por qué escribiste ese manifiesto? ¿Acaso querías vivir en un mundo más justo? ¡Qué ingenuo! Debiste cubrir mejor tu anonimato...

Al entrar al cuarto, la temperatura ya fría, disminuyó gravemente. Había llegado al último escenario de mi corta vida. Los guardianes me arrojaron nuevamente y, mientras cerraban la puerta, busqué en sus ojos tapados un poco de humanidad. Era inútil, estaba condenado.

Me encontré solo en el pequeño cuarto. Una leve intriga yacía en mi interior, intentaba detectar qué era lo que me tenían preparado. Mi alma no se entregaría fácil a la muerte, una insolente idea de escapar se apoderaba de mí. Pero no había ventanas y la estructura de hierro que se asemejaba a la de un frigorífico acababa cualquier esperanza.

Un pequeño agujero reflejaba la débil luz de una vela en el techo, probablemente era una soberbia manera de enseñarme lo implacable de su plan. Abajo y a la izquierda de la puerta, un caño metálico parecía ser el protagonista de la escena, dividía la pared al medio y, luego, doblaba hacia abajo hasta tocar el piso. De allí comenzó a salir agua, mi enemiga. En menos de un minuto mis tobillos pálidos se encontraban envueltos y mojados. Mi muerte iba a ser dura, pero rápida, me atreví a sentirme afortunado por ello.

Luego de unos minutos de resignación, decidí actuar. Recorrí la pequeña sala. No pude hacer mucho, pues el frío ya congelaba mi pecho, cubierto por el agua. Sentía un potente nudo que intentaba eliminar hasta la última gota de oxígeno. Comencé a subir, me sentí un cadáver. Mi cabeza ya rozaba el techo cuando me encontré enteramente sumergido. Mil y una veces decidí resignarme, los segundos eran meses y perdía progresivamente el control sobre mi congelado cuerpo. Era el fin.

Me esforcé por mirar al cielo para pedirle a Dios que me reciba en sus manos y que acabara con mi sufrimiento. Y allí fue cuando vi la luz. Una realidad espiritual me confundió con lo que verdaderamente estaba pasando, allí había luz. La vela continuaba encendida. Con desesperación, moví lentamente y con poca respuesta mis músculos y posé mis pies enganchándolos en el espacio entre el tubo y la pared. Me estiré y sentí que el alma volvía a mi cuerpo, ubiqué mi boca y nariz en el estrecho agujero y conseguí luz, calor y oxígeno. Pero no sabía cuánto esa suerte me iba a durar. El oxígeno acabándose parecía querer anticiparse a la hipotermia inminente de mi cuerpo. No sentía ya más que mis labios cuando la vela finalmente se apagó y se llevó la última dosis de oxígeno. Me sumergí con lentitud en el agua, era el fin.

Pero la esperanza decidió volver a darme una mano y abrió una pequeña compuerta en la pared opuesta al caño por donde comenzó a salir el agua. Descendí acercándome al piso, pero el frío me había encerrado en mi propio cuerpo, no podía controlar ni siquiera mi boca para sonreír. Al tocar el suelo y al solo quedar pequeños charcos, pude toser vomitando agua que obstaculizaba mi pobre respiración.

Escuché pasos y cerré los ojos. Un solo guardia abrió la puerta y me cargó en el hombro. Mi cuerpo paralizado era mi principal cómplice. Me llevó hacia el final del pasillo, y fui nuevamente arrojado. Vertió alcohol sobre mi cuerpo ya empapado y cerró la puerta.

Me encontraba en un cuarto mucho más grande, aunque no sabía cuánto, sólo podía mirar hacia arriba en la posición en la que había caído. Pude igualmente observar una humareda y un resplandor reflejado en el techo. El calor era ahora mi cómplice, comencé a recuperar los sentidos y la sensibilidad. Y el espectáculo fue horrible. El hedor nauseabundo me hizo vomitar nuevamente.

Me levantaba del sangriento charco cuando vi el último fin de los cuerpos que sufrían en el Creative Center. Partes de torsos desmembrados, tripas y mucha sangre descansaban alrededor de una gran hoguera en el centro del cuarto. Pude pararme y busqué una salida entre el paisaje más horrendo sobre la tierra. Probablemente, este infierno funcionaba como un crematorio industrial al final de la sangrienta jornada.

Me dirigí hacia un sector en el que el piso parecía descender y allí encontré un nuevo agujero, aunque más grande que el de la vela, de hecho, más grande que el caño del que salía el agua. Mi cuerpo podía entrar con comodidad. Pero todavía no le encontraba utilidad, no sabía hacia dónde me llevaría. Busqué salidas alternativas por todo el cuarto, pero fue inútil. Volví al sector del tubo, y allí me adentré.

Estaba fuertemente inclinado, pero un polvo negro hacía lentificar mi bajada. Sobre el final del recorrido, una hermosa brisa me dio aire verdadero e hizo volver el frío a mí ya caliente cuerpo. Con equilibrio logré sentarme sobre el extremo del largo tubo y contemplé a menos de diez metros una lona con restos del mismo polvo negro. El sol ya calentaba mi frente cuando pude divisar el bosque que aseguraría mi libertad. Y luego de arrojarme sobre la lona y escurrirme entre las rejas hacia mi casa, me dirigí con la premisa de partir de la ciudad.

Invasión de extraterrestres en la Facultad de Periodismo

Brenda Galli

Eran las 17.05 horas, el cielo estaba despejado, los alumnos de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social estaban cursando el Taller de Escritura I, cuando comenzaron a ver que el cielo oscurecía. Aparecieron resplandores de luces, objetos raros en el cielo, nadie entendía nada. Los docentes decidieron parar la clase y salir al patio para ver qué estaba sucediendo.

Una vez que todos los profesores, no docentes y estudiantes estaban fuera del establecimiento miraron el cielo y vieron que algo estaba cayendo hacia ellos. Todos se empezaron a alterar, gritar, ponerse nerviosos y hasta llorar del miedo.

Unos segundos más tarde, aterrizaron naves espaciales, toda la Facultad estaba estupefacta porque habían llegado extraterrestres. Se veía que ellos tenían una

apariencia medio rara, eran de color gris, ojos negros, cabeza enorme y tenían dos manos que terminaban en tres dedos. Nadie se animaba a acercarse, no se sabía cómo se tenía que interactuar con "gente" de otro planeta o galaxia.

El decano decidió llamar a la NASA, porque ellos debían saber cómo actuar ante una invasión. Luego de que llegó, intentaron calmar a todos, lo cual fue muy difícil, pero trataban de quedarse en el lugar.

La NASA intentó relacionarse con los extraterrestres, pero no lo lograron, ya que no se entendían. Decidieron llevárselos, para poder analizarlos, interactuar e investigarlos. Ya terminado todo el tema de la invasión en la Facultad, decidieron cortar con las clases por unos días para que los agentes terminaran de analizar todo.

De una celda a otra

Leonel Gómez

Después de descubrir porqué estaba preso, Edmundo decide seguir solo con el túnel. Empieza a planear una venganza contra todos los responsables de su encarcelación.

Mientras, el Padre Faría insiste en convencerlo de buscar su libertad, y que la venganza no sea su único incentivo para escapar.

Haciendo cálculos, comprende que tardaría alrededor de once años cavando para concretar el escape. Sin embargo, insistió.

Después de mucho tiempo de cavar el túnel, Edmundo pierde la cuenta de los días, al mismo tiempo que su esperanza por salir finalmente de ahí.

Un día, llega a una celda que le permitía asomarse por debajo del suelo. Empuja con su cabeza los pesados ladrillos y ve a un anciano muy asustado, por cierto, con la mirada perdida, murmurando que su túnel siempre lo llevaba de vuelta a su celda. Mira hacia un costado, y puede observar cómo en un charco, se refleja su cara y la del hombre con el que se encontró allí. Se desespera y, entonces, cae al piso gritando desesperadamente hasta que un guardia se acerca a la puerta y, en un tono irónico, le pregunta: “¿Otra vez cavaste hasta llegar a tu celda?”. Y ríe.

En la memoria

Federico Guardabassi

Me encontraba en mi cama, tan fresca y cómoda, de esas que hacen acordar a cualquier persona de su infancia. Escuché un grito, la puerta de mi habitación se abrió con una fuerza tal que rompió la pared de durlock.

En eso, ingresaron tres hombres de contextura física normal, medían entre 1.80 metros y 1.60 y vestían ropas negras de una tela que parecía bastante áspera. Instantáneamente, me tomaron la cabeza y la cubrieron con una bolsa de nylon, por un momento, pensé que me mataban.

En ese preciso momento, sentí un golpe en la nuca tan fuerte que no tuve tiempo de pensar. Cuando volví en sí, no sabía dónde estaba, el ambiente me resultaba muy frío y el piso, que parecía que era de piedra, me estremecía todo el cuerpo de dolor.

No había rastros de luz, las bajas temperaturas y la oscuridad eran tan intensas que llegué a pensar que había perdido la visión por el golpe.

Después del primer día, comenzó a sonar un rasguño constante. Al principio fue un alivio, el silencio empezaba a ser una molestia al cabo de unas horas. Pero, luego, con el correr del tiempo, la insistencia del sonido me agobió, parecía como si tuviera un taladro en la cabeza.

Pasaron los días y, sin embargo, seguía. La última opción fue flagelarme las orejas para que mi cerebro se distrajera.

De un momento a otro, paró. Mi alegría volvió, el tormento había pasado, pero me había percatado de algo: “¡Podía ver!”. Mi vista se había adaptado al ambiente pero, al ver alrededor, mi cerebro quedó paralizado.

En todas las paredes, había fechas y nombres de vaya a saber quiénes. De un momento a otro, me di cuenta de que todo el suelo estaba cubierto de mi sangre y, al intentar moverme, la exigencia era demasiada. Entonces, entendí que mi cuerpo estaba muriendo o, en realidad, que yo era el que me estaba muriendo.

En ese momento, empecé a escribir mi nombre en la pared, con tal fuerza hasta sentir el hueso del dedo raspar contra el revoque. Cuando terminé, mi cerebro se apagó, como cuando un borracho se duerme luego de una noche de juerga, sumergiéndome en la oscuridad.

Gracias por leer y permitirme seguir en la memoria de alguien.

Ir tan lejos

María Eugenia Lamas

Amiga, no encuentro otra forma más sana, para mí, que escribirte una carta para contarte cómo estoy y qué fue lo que pasó. Después de haber vivido sentimientos tan fuertes con Facundo, y que me haya engañado de esa manera, me sentí muy decepcionada. No tengo ganas de hablar con nadie, quiero estar sola y sentirme bien.

Como ya sabes, en unos días viajo con mi familia a mi pequeño lugar en el mundo, Sierra de la Ventana. Tengo ganas de volver a perderme en las sierras y desconectarme de todo lo malo aunque sea unos días, por eso, no me voy a llevar el celular para no tener que estar pendiente de nada ni de nadie.

Espero que te quedes tranquila, estoy bien, en serio. Sigo un poco angustiada, a veces pienso que fue la mejor decisión habernos separado con Facu, aunque me duela, aunque lo extrañe.

Quiero que te despreocupes por cómo estoy.

Si los chicos en el colegio preguntan por mí, decíles que me fui de viaje pero nada más.

No te pelees con tus papas, y acordate de pasar por casa para darle de comer a Mora, jugá con ella que es súper cariñosa.

¡Gracias por cuidarme siempre!, te quiero mucho y nos vemos a la vuelta.

P/d: Tal vez, traiga alfajores.

Maru

Fiesta fuera de casa

Franco Lamberti

Cada vez que uno toma conciencia del viaje que está viviendo piensa que, como ese momento, no hay otro igual. Tal vez ni siquiera piense en eso, tal es el disfrute del viaje que no hay tiempo para reflexiones. Sin embargo, no fue así mi última experiencia. Por supuesto lo disfruté, me divertí y reí a carcajadas –algo que anhelaba desde hacía tiempo–, sabía que no era ese el momento más único que podría estar viviendo.

El 2016 no fue el mejor año en la relación de mis padres, sin lugar a dudas, fue el peor desde que están juntos. Cuando digo lo peor, me refiero a situaciones nunca antes vividas.

Ya no sólo eran las típicas discusiones, se le sumaron gritos, malos tratos, llantos interminables y hasta huidas de ambos, en las que tanto, mi hermana como yo, sufríamos por no saber si nuestros padres estaban bien, o si estaban mal, si dormían o sí comían.

Por suerte, aunque costó mucho, lograron superar este gran problema. Ambos coincidieron en que, muchos de esos conflictos, tenían que ver con la presión que sentían por sus propias familias (principalmente de sus hermanos), por eso decidieron pasar las fiestas fuera de la ciudad, incluso fuera del país.

Brasil fue el destino elegido. Mi hermana y yo, estábamos muy emocionados, apenas nos enteramos ya nos queríamos ir. Nos sentíamos muy felices de ser parte de la “reconciliación” que nuestros padres necesitaban.

Al llegar allá, y pasado el primer día, logré percibir la tranquilidad de mi padre y la inagotable alegría de mi madre, al ver eso, me sentía tan satisfecho que deseaba que nunca llegase el día de volver. Sin embargo, en el momento en el que reparé y logré hacer una pausa en ese viaje- quizás suene egoísta- entendí que no estaba en el lugar que más quería. No me gustaba la idea de pasar las fiestas fuera de la ciudad, sin mi familia entera.

Por supuesto que quería pasarlo junto con mis padres, pero no sin mi tía, a quién considero mi segunda madre, ni tampoco sin sus hijas, mis primas y mis mejores amigas a la vez. Pero, principalmente, no quería pasarlo sin mi abuela, la persona más increíble de mi vida, con la cual sé que cada hora, minuto, y segundo, vale oro.

No voy a negar lo bien que la pasamos y lo bien que le hizo a mis padres este viaje, pero no me gustaría que esto se haga una costumbre.

Mi familia entera es única y mi deseo es poder vivir con ellos cada momento, tan grande o pequeño como este sea.

Calle 963

Nicolás Lona

Una noche de un silencio insondable caía sobre la casa de la calle 963, esquina 123, número 323. En un barrio depoco caudal de vehículos y peatones, ese sosiego es costumbre, hasta el grito más desaforado podría pasar desapercibido. Las largas arboledas oscurecen las cuadras despobladas. Las calles eran largas y las veredas muy angostas.

El matrimonio que habitaba en la calle 963 era de un hombre y de una mujer, ambos muy amenos y sociables. La mujer, Evangelina, sufría de ataques de pánico y su esposo, Ignacio, la contenía y ayudaba. Vivían en una casa muy antigua, grande y algo rústica. Se suele pensar que ese estilo de hogares son lugares tétricos, sobre todo si sus primitivos dueños se involucraban en algún ritual o brujería. Éste parecía ser una excepción.

Evangelina descubrió ser medium, esa categoría de personas que se conectan con otras que ya no están. Sea esto cierto o no, cosas extrañas comenzaron a suceder en el cuarto de la pareja. Mientras dormían, ella sentía una ligera presión sobre sus costillas y una leve brisa sobre su cuello, por esa razón su pulso se aceleraba y perdía la calma. Eso les generó el pensamiento de que alguien los observaba mientras dormían. Muchas veces, Evangelina experimentaba parálisis del sueño. Ignacio intentaba calmar la situación y desmentía a su esposa. Hasta que también sintió que alguien se paraba al lado de su cama mientras dormía. No sabían cómo estaba allí, los miedos más profundos se suscitan mientras uno duerme y la posibilidad de ser atacados con ellos, atemorizándolos.

Un día, ambos escucharon una voz que claramente decía: “Evangelina, Evangelina” por el pasillo. Apenas la percibieron, oyeron tres golpes en la puerta de calle. Por su magnitud, era evidente pensar que había alguien detrás de la puerta. Los dos atemorizados fueron cautelosamente a mirar por la ventana que da al jardín, pero allí no había nadie. Se sintieron tan nerviosos que llegaron a dudar y preguntarse si lo que habían escuchado era verídico. En el decurso de la noche los dos se mantuvieron alerta. Ignacio advirtió que esos sucesos se daban con mayor frecuencia cuando Evangelina estaba presente, parecía ser ella la receptora.

Otra fría tarde de julio, Ignacio volvió a su casa y encontró las sillas desparramadas por todo el living, como si alguien hubiese tenido el afán de generar un caos. Lo curioso era que las visitas no encontraban nada extraño en la casa. Durante una noche de ese mismo mes, las mismas voces reaparecieron. Ignacio sintió su pecho paralizado y sus músculos contracturados. Su abdomen llegó a tensionarse al punto de dificultarle el

habla. Escuchó un grito sobre sus oídos y su murmullo ruidoso logró despertar a Evangelina que dormía a su lado. Les llevó toda una madrugada recuperarse y luego del suceso visitaron a una vecina que había pasado por una situación similar. Les confesó que conocía rumores, de que en esa casa el dueño anterior practicaba magia negra y terminó quitándose la vida en las vías del tren. Les recomendó cambiar el ambiente de la casa.

En una tarde de agosto, terminaron de cambiar los muebles y pintar las paredes. Por la noche escucharon un ruido en el portón, como si alguien estuviese saliendo. Sin embargo, después de esa noche, nada más volvió a ocurrir en la calle 963.

Una cita con el pasado

Emmanuel Maggi

Una tenue luz grisácea ilumina el cielo platense, como esas que se pueden vislumbrar a través de una ventana en las tardes de invierno. Todo parece muy normal, el típico frío y las neblinas características de la ciudad. Sin embargo, hay una extraña sensación en el aire y en el ambiente, casi como si doliera al respirar. Al menos así se sentía para la familia Maggi.

Indudablemente, no es un día común y corriente, porque hoy, justamente hoy, es mi funeral. Sinceramente, no me puedo quejar, creo que tuve la vida que quise, sin adherirme a los lineamientos establecidos ni hacer cosas porque era lo que “se esperaba de mí”. No me detendré mucho tiempo a describir mi infancia, alcanza con decir que mi madre cumplió ambos roles parentales hasta mis seis años de edad y nunca nos faltó nada.

Ella supo satisfacernos a mí y a mi hermano, tanto material como afectivamente. Mi paso por el colegio primario fue muy duro, sin dudas, el *bullying* y la exclusión son los monstruos que me atormentaron. Pero, también, fueron claves en la formación de mi personalidad y carácter. En líneas generales, mi vida fue bastante buena o así lo considero yo. Tuve la posibilidad, gracias al esfuerzo de mis padres, de acceder a la mejor educación y debido a mi propio esfuerzo, pude viajar por el mundo tanto por trabajo como por placer. Además, fui bendecido con dos hijos hermosos e inteligentes mientras estuve casado con mi ex esposa, (no viene al caso explicar el porqué de la separación, me limitaré a decir que estábamos en diferentes sintonías).

Vuelvo de este pequeño *racconto* para explicarles un poco sobre el ritual de este día. Por lo visto, han organizado algo sencillo, todos me conocen bien y saben que hubiese preferido ser velado a puertas cerradas y que cremaran mi cuerpo. Aunque mi hijo menor decidió hacer un funeral a la vieja escuela. Veo todo desde un plano superior, supongo que es mi premio por el buen accionar que tuve en la vida. Hasta ahora se ve todo muy normal, algunos familiares que sólo cruzaba en las fiestas, amigos cercanos y conocidos dando el pésame, mi ex esposa asistiendo por compromiso, todos reunidos en este fatídico evento. Nada fuera de lugar, hasta que ella apareció.

Micaela fue mi novia desde los 16 hasta los 18 años, la primera mujer que realmente me importó y enamoró, y la última. Se ve que los años le han pasado factura: su pelo, naturalmente rubio y radiante, ahora está blanco y opaco. Sigue usando anteojos como siempre, pero ahora los acompaña un sinfín de arrugas a los lados y en el ceño. Se la nota devastada emocionalmente y no para de llorar.

Sólo algunos viejos amigos lograron reconocerla, aunque yo la veo ahí, totalmente desalineada, menos arreglada que siempre, pero más hermosa que nunca ¿Qué hubiera pasado si seguía con ella? ¿Por qué los horarios difíciles y la falta de tiempo lograron separarnos? ¿Realmente la olvidé en algún momento? Estas preguntas me sacuden la mente, intento hacer algo, ya es demasiado tarde. El de arriba no deja de llamarme para que abandone este lugar.

El miedo a las agujas

Mariano Nadal

Llegó el tan odiado día, la mamá lo despertó, le preparó el desayuno que más le gustaba y fueron en busca de su mejor amigo, pero a Mariano nada lo calmaba, sabía que lo iban a llevar a ponerse la vacuna de los seis años. Él sabía que a muchos amigos les había dolido, que habían resistido. Sin embargo, para Mariano era lo peor que le podía estar pasando.

Rumbo a la casa de su amigo, imaginaba todo tipo de cosas, -por cierto, era muy exagerado- pensaba que sería una aguja enorme, que le podían llegar a errar y lo tendrían que vacunar dos veces, entre otras cosas más absurdas pero que a él le daban mucho terror.

Llegaron a lo de su amigo Renzo, este se subió al auto acompañado por su madre. Camino al hospital, ambas madres charlaban entretenidamente, mientras que Renzo y Mariano charlaban de la tortura que se les aproximaba. Renzo, un poco más optimista logró tranquilizar a Mariano.

Finalmente, llegaron al hospital, hicieron los trámites administrativos y se dirigieron a la sala de vacunación. Primero pasó Renzo, quien a los cinco minutos de entrar a la sala, se lo escuchó emitir un fuerte llanto. En ese momento, Mariano se estremeció, sabía que el próximo era él.

Renzo salió de la sala secándose las lágrimas, con una paleta en la mano para calmar su angustia. Al instante, la enfermera llamó a Mariano para que ingrese, obligado por su madre, el niño entró.

Ella le dijo que mire hacia otro lado, pero cuando la enfermera se acercó para vacunarle, le dijo a Mariano que no se ponga tan duro que sino no podía vacunarle. En ese momento, el niño se dio vuelta, miró la aguja y sin pensarlo empujó el brazo de la enfermera y la aguja voló por los aires. Allí comenzó el escándalo, su madre lo retó, esto no hacía más que aumentar su nerviosismo.

Parecía que Mariano no iba a poder ser vacunado, no había manera. Sin embargo, la enfermera con mucha paciencia y dulzura, logró calmar al niño y le dijo que él era un valiente.

Mientras calmaba al niño, la enfermera preparaba todo para vacunarle sin que él se diera cuenta y finalmente accedió. Entre historias de superhéroes valientes, el niño logró colocarse la Triple Viral.

Sin amor no hay vida

FeOrsi

Era muy aburrido ver a todos mis familiares llorar, gritar y desmayarse por la presencia de mi cuerpo sin vida. Ellos habían sido la causa de mi asesinato.

Desde la altura de la habitación del velatorio, mi apariencia me incomodaba. Fue muy fuerte ver a una joven con rasgos físicos como los míos, vacía de existencia sobre un cajón. Me vi fría, con los labios sellados y los ojos apagados. Al lado del cajón estaba mi abuelo desgastado de tanto dolor, tenía sus manos sujetadas a las mías y sinceramente no me gustaba como quedaban acomodadas en forma de cruz. Él lloraba y me besaba con sus labios húmedos y, aunque estaba muerta, sentía ese tacto.

Esa escena me hizo arrepentir de la decisión que ya había tomado. Llegué a ser la protagonista de un funeral a causa de mi familia, ellos me prohibieron al amor de mi vida.

Con decirles que hicieron hasta lo imposible por alejarme de Juan, ya basta. Lo más triste para mí es saber que a causa de la culpa que siente cada uno, dentro de muy poco tiempo los voy a recibir acá, donde acabo de llegar.

Todo fue por el mapa

Marisa Raffo

Es mi segundo día en la ciudad y lo único que conocí fue el aeropuerto y su magnífica y equipada sala de sanidad aeroportuaria, ya que, el viaje tan largo afectó mi presión arterial. Hoy me dije: ¡basta! ¿Vine hasta aquí sólo para estar encerrado en el hotel? Me alisté, bajé a la recepción y pedí información sobre lugares turísticos de la ciudad.

La recepcionista, muy coqueta con el uniforme rojo y esos labios que combinaban a la perfección con su traje, me dio un mapa muy colorido y escrito en otro idioma. Sólo entendí “como reyes” y me imaginé un spa para varones donde me quitarían el estrés que traía encima y, como el nombre indicaba, me iban a tratar como rey.

Me aventuré a la ciudad, con algo de esfuerzo pude llegar a la parada de micros para tomar el que me llevaría en dirección al punto marcado en el mapa. En casi cuarenta minutos de camino, me fascinó lo que vi: calles con la mezcla perfecta entre contemporáneo y colonial, llenas de transeúntes y turistas desorientados igual que yo, mujeres muy elegantes, la policía montada a caballo y una plaza que al verla decidí interrumpir mi viaje para observarla mejor y tomar fotos para el recuerdo.

Luego de recorrerla y deleitarme, consideré retomar mi camino y, al mirar el mapa, me di cuenta que estaba a sólo dos cuadras del supuesto spa. Cada paso era algo nuevo, cada cosa nueva era motivo de asombro, pero de mi mente no se iba la imagen del rojo de los labios de la recepcionista, la veía en cada mujer que pasaba a mi lado.

Al fin encontré el lugar que buscaba, pero para mi sorpresa el mapa incluía una publicidad que conducía a una veterinaria, donde trataban a los cachorros como reyes. No a un spa. No dejaba de reírme porque por una confusión conocí la ciudad sin planearlo.

La presencia de las personas que se van

Estefanía Romero

Era el gran día que tanto había esperado Martina, una joven de 23 años, alta, pelirroja y extrovertida. Ansiosa por el recital de su artista favorita, compró la entrada con dos meses de anticipación.

La cantante rockera, Marilina Bertoldi, solista desde que se separó de su antigua banda Connor Questa, de género rock y *grunge*. La artista, distinguida por su exuberante cabello irregular, se distinguía por su voz popular y potencialmente increíble. Su estilo de “adolescente rebelde”, rompía con todas las reglas. Se destacó por sus letras inimitables y el último álbum “sexo con modelos”, el cual tuvo muchas críticas por su nombre y la tapa del mismo provocó cierto rechazo en la sociedad, ya que era considerado como “contenido sexual”.

Se acercaba la hora de ir a La Trastienda Club, lugar en donde realizaría el show. Martina vistió ropa de color negro y unas zapatillas desgastadas con aspecto descuidado con las que solía ir a recitales. Partió rumbo a Buenos Aires desde La Plata; al llegar desde lejos vio una enorme fila y se ubicó detrás de un grupo de chicos que aparentaban entre 22 y 25 años de edad. Comenzaron a hablar sobre música hasta entrar al sitio. Una vez dentro, al empezar el show de las bandas teloneras, este grupo de amigos y Martina quedaron totalmente separados por la gran cantidad de gente que hacía pogo y provocaba distancia.

Al terminar de tocar las bandas soportes, Martina estaba cansada y fue a comprar una botella de agua mineral. Cuando comenzó a tocar Maru, llamada así por algunos de sus fans, se sentía mal pero no le dio mucha importancia y siguió admirando a la artista.

Diez minutos antes de terminar el sensacional concierto, la joven pelirroja, se sentía muy descompuesta. Se desvaneció y cayó al piso donde estaba el público rodeándola.

La artista, al ver esta situación, detuvo el show. Luego intervino el grupo de enfermería para practicarle primeros auxilios, al ver que ella no reaccionaba la trasladaron al hospital más cercano al cual llegó sin vida. Los médicos luego de realizarle la autopsia,

detectaron en los resultados que murió a causa de hipoxemia. Resulta ser que en el recital, a Martina le vendieron agua gasificada y en el momento, no lo notó. Ella era alérgica, ese error le costó la vida a esta joven.

Una vez entregado el cuerpo a la familia, hubo una discusión entre los padres de acuerdo al funeral; la madre quería que se realizara una misa con un sacerdote, en cambio, el padre se oponía por respeto a los ideales de su hija, la cual era atea. Tomaron la decisión de llevar el cuerpo a un crematorio, como Martina lo deseaba. Guardaron las cenizas en una urna funeraria y las llevaron a la Trastienda club, donde Maru realizó un recital en honor a Martina. Tocando un repertorio de los temas favoritos de la joven, como “La presencia de las personas que se van”. El nombre de esta canción se escribió en una remera donde Maru, familiares y el grupo de chicos que Martina conoció esa noche en el recital, firmaron unas memorables palabras y junto a la urna con las cenizas de la joven, lo dejaron en La Trastienda Club, donde siempre estará presente.

Prendida y apagada

Regina Rubio

Me encontraba tiesa sin poder moverme, acostada en un cajón blanco, forrado de encaje al tono, y como si fuera poco mi ropa combinaba. Mi rostro maquillado, brillo en las mejillas y los labios rojos. Aunque en el fondo estaba pálida. El cabello recogido en un rodete, rodeado de flores, muchas flores y por todos lados. Demasiados estereotipos en mí, no era mi estilo, esa no era yo. A mi alrededor había bastante gente, algunos amigos, familiares, compañeros y otros que no reconocía. Estaban dispersos, lloraban mientras me sostenían las manos mirando a ningún lado. Riendo, recordando y hasta olvidando.

No veía nada por mis ojos pero sí observaba a través de ellos, no sentía nada. Sin embargo, había dolor en mi corazón, las venas tapadas y articulaciones entumecidas como las puertas de mi cuerpo. En el momento más feliz de mi vida aunque no tenía razonamientos.

A pesar de eso, no evitaba preguntarme qué era lo que estaba pasando, ¿por qué me llevaron y pusieron donde no quería? ¿Por qué para todo ese momento era tan triste o tan alegre? Era todo tan planificado, tan claro y yo no me había dado cuenta ¿Cómo no? Mi cabeza volaba y también mi cuerpo.

Venimos en paz, de paso

Ana Valenzuela

La primera señal fue el retumbar de las paredes y el suelo bajo nuestros pies. Fue así como, en cuestión de segundos, lo que parecía un día normal de cursadas en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, pasaría a la historia como uno de los momentos más importantes para nuestra humanidad.

Es de conocimiento general, que en la provincia de Buenos Aires no tiembla la tierra por causas naturales, por lo que esa clase de fenómenos no pasa desapercibido.

El movimiento telúrico continuó unos minutos, lo suficiente para generar pánico en las aulas y pasillos del edificio Néstor Kirchner. El caos se apoderó de la situación, gente corriendo por doquier sin saber a dónde, ni qué hacer luego de subir y bajar escaleras.

Yo, que crecí en Chile, viví numerosas experiencias de temblores, hasta un terremoto, además de simulacros en los cuales nos preparaban para sobrevivir a este tipo de cosas. Refugiándonos bajo umbrales de puertas o armando un “triángulo de la vida” al sentarnos entre un escritorio y una pared.

Intenté compartir mis conocimientos mientras seguía el temblor, se caían pedazos de cielo raso y explotaban vidrios de las ventanas. Corrí entre la gente, pero nadie paró a escucharme.

El movimiento en un momento se detuvo y, inmediatamente después, un centenar de destellos de luces cegadoras e incandescentes casi como el sol, copaban los espacios del edificio, se movían en todas las direcciones y entraban por todas las ventanas del lugar. Estábamos rodeados.

Unos pocos gateamos hasta una de esas ventanas que dan hacia la entrada principal y, cuidadosamente, nos asomamos sólo para descubrir el horror: gigantescas estructuras en forma de huevos con patas movedizas, como trípodes, bajaban del cielo y se movían por encima de las casas a través de las calles. A la gente que intentaba escapar corriendo, las perpetraba un láser que los dejaba inmóvil, aunque no los lastimaba.

Unos minutos después, un estruendo seguido de gritos de la multitud, estalló en el subsuelo.

Se abrieron las puertas y volaron por los aires los muebles usados para atrincherarnos dentro de la Facultad, y explotaron ventanas que habían sobrevivido el temblor.

Se hicieron ver allí, los seres causantes de todo esto: figuras antropomorfas, de más de dos metros de alto, anchas espaldas y corpulentos torsos. Sus cráneos alargados y ojos grandes, se acercaban cada vez más a nosotros. Iban olfateando, y a la vez tanteando con sus largas extremidades, dedos largos más curiosos que peligrosos, seres tan gigantes como torpes que no podían gozar del privilegio del espacio, por lo menos no en ese planeta.

Entre el montón, apareció uno cargando un aparato, el cual utilizó como traductor y sus balbuceos se convirtieron en palabras en castellano. El mensaje era claro y conciso: Estaban de paso.

Llamaron a la calma, explicaron que su intención no era generar caos, ni nuestra extinción. Al contrario, aclararon que este planeta ha sido por milenios su “estación de servicio”, su proveedor de combustible y que sus últimos testigos de ese procedimiento habían sido nuestros antepasados. Las antiguas civilizaciones egipcias, mayas, incas, entre otras, a cambio les habían otorgado conocimientos tecnológicos.

El combustible lo recolectaron del sol, del oxígeno y del monóxido de carbono, elementos que no estaban presentes en su planeta.

En agradecimiento prometieron volver con aportes tecnológicos, para ayudarnos a combatir los desechos y aprender a utilizar mejor nuestros recursos energéticos. Lo cual pareció un truco justo.

En cuestión de segundos, casi lo que dura un pestañeo, habían desaparecido, y con ellos todas sus naves. No así ocurrió con los destrozos en la Facultad y alrededores, ni todas las fallas eléctricas que causaron sus campos magnéticos. Pero en perspectiva, lo material pasó a segundo plano, ya que nadie perdió la vida. En ese punto, los visitantes fueron muy cuidadosos y nos permitieron sobrevivir para contar este encuentro intenso entre especies que nuestros antepasados dibujaron en paredes.

Miedos y luces

Pablo Javier Vera

El siglo XXI es la época donde convivo hoy como ser humano. Un siglo donde la tecnología es la bandera de la civilización. El hombre junto a naves espaciales recorre el firmamento. Somos una sociedad que estamos por conquistar dicho universo, como habitantes civilizatorios del planeta Tierra. Sostenemos que somos la única en todo el cosmos ¿Será realmente así? En la Facultad, el tema es requerido, todos opinamos. Mi reflexión es la siguiente: creo que hay otras civilizaciones, entonces ¿por qué no habría otros habitantes? ¿Por qué nos creemos únicos? Si tenemos la posibilidad de navegar por el mundo, estoy convencido de que hay otros habitantes con la misma capacidad que la nuestra.

Hay un recelo al pensar en esta realidad, la oscurece la religión, el miedo a lo desconocido, no sé qué será. Deberíamos abrirnos a reflexionar que todo es posible. Es el nuevo siglo, no hay más mitos. La realidad logra desvelar los imposibles. Hace unos días llegaron noticias de lugares lejanos donde sus pobladores narraban encuentros con

naves, sonde describían que eran de una forma circular, llena de luces y con una intensidad muy potente. Todos los que tuvieron la posibilidad de observar esa especie de OVNIS comentaron que la velocidad de esos objetos era algo nunca visto en este planeta. Otros, asombrados con el hecho, justificaban lo ocurrido generando hipótesis que podrían relacionarse a prototipos del ejército, como armas secretas. Muchas versiones se contaron, pero la realidad demuestra lo que afirmo.

De repente, como una premonición, en el aula 18 del segundo piso de la Facultad de Periodismo, a través de las ventanas que ocupan la pared lateral, se siente una vibración impulsada por una fuerza y destellos de luz muy fuertes que golpean contra los cristales. El silencio fue lo primero que sobresalió en el aula, el miedo sobrevoló el lugar. No comprendíamos qué pasaba, cuando la luz desapareció corrimos hacia las ventanas. La sorpresa fue que en el terreno frente a la Facultad, una nave de forma circular se posaba sobre el suelo. La situación era de total certidumbre, la nave estaba quieta y ninguna compuerta se abría. De repente, una polvareda salió desde la parte inferior de la nave que comenzó a elevarse hacia el cielo. Luces de todos los tonos e intensidades emergieron de la nave.

Entonces, a una velocidad mayor que la de la luz desapareció sobre las nubes. Todos en silencio juntamos nuestras cosas y nos retiramos del aula. La Facultad parecía un cementerio y el silencio era la moneda corriente.

La Bombonera

Rafael Villalta

Hacía aproximadamente tres meses que estaba en Argentina, el país que desde mi infancia quise conocer o vivir en él. Por los gustos de mi padre, mis equipos de fútbol preferidos son el Club Deportivo FAS de El Salvador, mi país de origen, Barcelona de España y Boca Juniors de Argentina. Cuando decidí venir a estudiar al país, sabía que sería un estilo de vida distinto y mucho más difícil. Nuevas culturas y un largo camino por recorrer. Yo siempre quise ver jugar a Boca Juniors y conocer la Bombonera, me consideraba como un extranjero aficionado del club. El estadio sólo lo había visto en videos y sabía sobre sus épicas historias y jugadores. Durante mi estadía en Argentina, la Universidad me permitió conocer varios amigos. Gonzalo, uno de ellos, es una buena persona y además hincha de Boca. Le conté sobre cuánto me gustaba ese equipo y él me invitó a conocer la Bombonera. Sin dudar, me entusiasmé con la propuesta y decidimos ir al día siguiente.

Viajamos una hora hasta llegar a la cancha. Ese instante me trajo muchos recuerdos junto a mi viejo. Estar parado en ese estadio de tal magnitud donde confluyeron grandes momentos históricos me causó satisfacción, completé mi *bucketlist* (1) gracias a Gonzalo, que logró que uno de mis sueños se haga realidad.

(1) Traducción: lista de deseos antes de morir.

Muerte Fortuita

Guadalupe Walter

Como si hubiera pasado un relámpago atroz, dio contra mi cabeza, me desmayé y caí como en un túnel profundo, frío y oscuro.

No podía entender cómo, luego, me veía a mí misma, postrada en la cama, dormida e inmóvil. Mis labios se veían grises y agrietados, además, pude observar el corte que tenía cerca de la nuca.

Recuerdo vagamente que estaba organizando unos papeles que iban a ser leídos por Bayer, al cual admiro mucho. En ese momento, me agarró un dolor de cabeza muy intenso e, instantáneamente, perdí la conciencia.

El reloj marcaba las 17.30 horas, y entonces comprendí que me había muerto. Todo lo sucedido, daba cuenta de ello. Luego de un rato, el reloj registraba las 20.15 pm. En el dormitorio donde me encontraba estupefacta, se podía visualizar un ambiente triste.

Mis dos hijos se veían realmente destruidos y desconsolados. Uno de ellos, preguntaba cómo fue que pasó lo de mi muerte.

Ambos trataron de pasar las últimas horas a mi lado y decidieron, finalmente, cremarme así podían evitar el dolor que conlleva un velorio.

Mis restos dieron un recorrido por distintos lugares de la ciudad, con personas que consideraba que me apreciaban y sentían tanto respeto como lealtad hacia mi persona.

Me quedo con los mejores recuerdos de mi vida, como así también con los peores.

Considero haber vivido lo suficientemente bien, creyendo que, como persona, fui participe de lo que estaba bien o mal, las decisiones tomadas más allá de las circunstancias inesperadas.

Mi conclusión es que fui responsable de lo que quise para mi vida. El resto fue azar.

Papá siempre tiene razón

Lucas White

Yo había visto a decenas de niños lograrlo. A varios de ellos hasta les resultaba natural hacerlo, como algo de todos los días. Incluso mi hermana, sólo veinte meses más grande que yo, lo había conseguido. Y ese era un punto a favor que tenía ella en cada una de nuestras discusiones. Ya se había tornado una cuestión de orgullo. Y si por algo me he caracterizado desde chico, es por ser orgulloso. Pero seguía sin animarme. La inclinación de la bajada y la velocidad que alcanzaban las bicicletas en ella, me generaban un temor que me impedía intentarlo. Era la famosa bajada del aeropuerto de mi ciudad, General Roca. Los fines de semana se agrupaban allí muchísimas familias. Se presenciaban las competencias de avioncitos a control remoto y, de paso, los niños aprovechaban para remontar sus bicicletas. Y ahí estaba la rampa, el ritual que había que superar para llegar a ser un pequeño experto ciclista. Pero nunca me le había animado, como las olas que los surfistas no se atreven a desafiar. Sin embargo, un día junté coraje y me decidí a hacerlo.

Fue un día de verano, en plena siesta con un sol que parecía estar a diez centímetros de mi cabeza. Era un color insoportable, yo estaba de bermuda, sandalias coloridas de esas que los padres acostumbran a comprarle a los nenes, remera y la gorrita roja que me acompañaba a todos lados. Me acerqué con mi bicicleta azul al borde. Miré hacia abajo y las piernas me temblaban como si los casi 40 grados de calor fueran bajo cero. Ahí se me acercó mi viejo y me susurró al oído:

- Lucas, acordate que es una bajada, no te va a hacer falta pedalear. La bicicleta bajará sola, vos solamente sostené fuerte el manubrio.

Todo lo que me decía papá era verdad absoluta para mí. Pero algo de aquella recomendación me hacía dudar, no me cerraba. Si no pedaleaba, ¿cómo avanzaría la bici? Así que me propuse ignorar el consejo, sólo pensé en cerrar los ojos y pedaleo. Me lancé, pedaleo tras pedaleo, no pude contener las ganas de abrir los ojos. Quería ver lo que estaba logrando. La bajada y mi ejercicio con los pies hicieron que la bicicleta tome una tremenda velocidad. El aire me pegaba en los ojos, sentía que volaba. Llegando a la mitad de la pendiente vi que en mi camino había una piedra enorme. Y ahí sí, me ganó el miedo y cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos ya era de noche. Estaba acostado en mi cama, con un pañuelo húmedo en la frente y una herida que pareció haberse cerrado con dos puntos. A un lado de la cama, estaba mi vieja. Ella sonrió, me abrazó y me detalló las vueltas que di en el aire antes del golpazo que me dejó en el suelo. Se ve que al pajarito le habían cortado los ojos en pleno vuelo. Al otro de la cama estaba mi viejo. Lo miré, me lanzó una sonrisa cómplice y me dijo:

-Te avisé que no pedalearas.